

de jugo corrosivo, y la *yedra*, cuya sombra es mortal. En cambio son tambien muy numerosos los árboles frutales y útiles desde el guayacan de vainas oscuras y aromaticas, hasta el guayabo, con sus frutas gruesas y perfumadas, y la pina ácida y olorosa. Comenzaba á acostumbrarme pacientemente á mi nueva vida de cazador, tanto mas cuanto que las conversaciones de Berrendo, antiguo soldado de la independencia, abreviaban las horas de caza ó de ocio. En fin, la noche del cuarto dia, desde mi instalacion en el jacal de Berrendo, llegó el capitán. Habia dejado á la familia del gancho, aumentada con Saturnino y la madre, en vísperas de marchar para los fértiles campos de Sonora, en donde la tierra solo pide brazos que la cultiven y hombres que se alimenten con sus productos. En aquellos paises nuevos, las familias que quieren huir de los lugares marcados por tristes recuerdos, tienen el recurso de la emigracion. La vida de agricultor, no solo sirve de objeto á los individuos sin ocupacion, que buscan un trabajo honesto y útil, sino que es asimismo un refugio para los grandes infortunios. Renunciando á su vida, medio salvaje, Saturnino obedecia, sin querer, á la ley natural de las

sociedades humanas, cuya primera parte es la caza, y la agricultura es la segunda. Seguia tambien ese instinto secreto que empuja á la raza latina del Sur hácia el Norte de la América, y á la raza anglosaxona del Norte hácia el Sur, instinto que prepara lentamente la prision de dos razas antipáticas en los desiertos intermedios en que se encuentran y que la Providencia parece querer poblar.

Nuestro camino hasta el mar era el mismo que el de las dos familias que emigraban. Era probable que alcanzáramos en el camino el pesado carro que las conducia á Sonora. Nada me detenía ya en la casa de Berrendo, y la frescura de la noche nos convidaba á marchar para llegar á San Blas al dia siguiente, antes que calentase excesivamente el sol. Nos despedimos del cazador y nos pusimos en camino. Toda la noche la empleamos caminando por el centro de los inmensos bosques, en donde por una extraña casualidad acababa de pasar algunas de las horas mas penosas y agitadas de mi vida, así como uno de los dias mas pacíficos de un viaje. Al amanecer vimos despertar los bosques en todo su esplendor, y poco despues, por entre los arcos de verdura, apareció á nuestra vista la dilatada bahía

de San Blas: abandonamos, en fin, los poblados bosques para subir á las colinas, desde cuyas cumbres esperaba descubrir la ciudad.

Hoy hace trescientos treinta y ocho años, que desde México, ya conquistado, Hernan Cortés se puso en camino para el occidente de la Nueva España. Después de una marcha larga y penosa, llegó al ponerse el sol, á la cima de una cadena de colinas áridas. El espectáculo que hirió su vista, le arrancó un grito de admiración: era un paisaje del golfo de California, teñido con la púrpura del sol poniente. Nombró aquel golfo el *mar Bermejo*, y después se llamó el *mar de Cortés*. En la cumbre de aquella misma colina, en donde se había detenido el conquistador de México, fué en donde arrobado en la contemplación del mismo espectáculo, detuve mi caballo al lado del de el capitán Castaños. Solo la hora era diferente; el sol, poco elevado, no parecía incendiar las aguas del golfo, como cuando desaparece al ponerse en la tarde. En el momento en que yo contemplaba la bahía de San Blas, Cortés la habría llamado *mar azul*.

Por imponente que fuese aquel espectáculo, otro acontecimiento llamó mi atención; un pesado carro, cargado con toda

clase de trastos y utensilios domésticos, tirado por dos bueyes, seguía lentamente el camino que serpenteaba á la falda de las colinas. Caminaban á pié tras el carro, un hombre y cuatro mugeres, y al momento distinguí en aquel grupo el elegante talle de Florencia, así como el cuerpo de Saturnino: eran las dos familias emigradas que marchaban al Norte, mientras que yo tenía que caminar al Oeste. El capitán saludó desde lejos á Florencia. Una vuelta del camino nos hizo perder de vista á los viajeros pocos momentos después; entonces dirigí mis miradas á la bahía de San Blas, haciendo votos por la felicidad de aquellas dos criaturas, de cuyos íntimos pesares había yo participado por un momento: el espectáculo que tenía ante mi vista, no despertaba en mi mente mas que impresiones de paz y de esperanza. Á medida que subía el sol en el horizonte, la bahía de San Blas aparecía mas y mas radiante.

Las verdes islas dispersas entre las olas del mar del Sur, se asemejaban á esas isletas cubiertas de flores que los rios de América arrancan algunas veces de sus riberas, y conducen en sus corrientes. Algunas velas blancas se descubrían en el horizonte, como las alas de los cisnes,

y en las enormes rocas pardas, que asomaban por entre las olas, creía ver otras tantas agujas gigantes, colocadas allí, para señalar las horas solares en el inmenso cuadrante azul.

EL RASTREADOR.

I.

LUZ LA CIGARRERA.

En una hermosa mañana del estío de 1814, un viajero montado en un caballo, que á pesar de los espolazos, no avanzaba mas que á pasos lentos, se encaminaba silvando, hácia el pueblo de Púcuaro, situado en el Estado mexicano de Valladolid. Ya podía descubrir las casas iluminadas por los primeros rayos del sol. Solo al ver el encuentro y ancas del caballo bañados de sudor, y los vestidos cubiertos de polvo, del jinete, se adivinaba que ambos acababan de caminar muchas leguas á marchas forzadas. El solitario jinete era un jóven de elevada estatura y de vigorosa constitucion; habria podido pasar por un

buen mozo, si unas cejas espesas y de un negro de azabache, no hubiesen dado una expresion siniestra á su fisonomía, en que se notaba una audacia muy militar. Este jinete de gallarda apostura era un cierto Berrendo, en cuya casa, debia encontrar la hospitalidad muchos años despues, al detenerme en un pueblo inmediato á San Blas, antes de llegar á las orillas del mar Pacífico. En la época en que empieza esta relacion, Berrendo, que llevaba entonces su verdadero nombre de Luciano Gamboa, era uno de los soldados mas audaces del ejército insurgente de México, y su historia, que me limito á reasumir aquí, segun sus recuerdos, nos muestra la guerra de independencia en uno de los momentos mas críticos.

El pueblo de Púcuaro, hácia el cual se dirijia Berrendo, habia llamado bajo diversos motivos la atencion de los mexicanos y de los españoles, en el curso de 1814. Allí fué donde á consecuencia de un encuentro sangriento con las tropas realistas, el hermano del general D. Ignacio Rayón, D. Ramon, se habia retirado con cien hombres, poco mas ó menos, los únicos que habian podido abandonar, bajo sus órdenes, el campo de batalla: pero, cosa singular, se habia perdido el